

Mercenario

José David Rojas Fernández

No iba a regresar, pero tampoco le importaba. Mostrar debilidad tampoco hubiera estado acorde con la situación. Un mercenario. Un arma en sus manos y la mente en blanco. Un peligro en cualquier lugar, pero el mejor hombre de la brigada

Te espera una medalla o la prisión, chico...

Fiero y sin compasión. Batalla tras batalla, habían recuperado el control de medio país. Pero esta no era su guerra... ni su país. Ni su gente, ni su idioma, ni su pasado. Un soldado perfecto. Un cheque en blanco. Un arma. Un peón. Un fugitivo.

A veces la única manera de huir del dolor, es buscando un dolor mayor. Como el penitente que hiere su cuerpo en busca de perdón, él hundía su cuchillo en el pecho de la persona a los que los demás llamaban enemigo, buscando morir en vano, una vez tras otra, para dejar de ser la persona que fue, oscureciendo con sangre su verdadero dolor.

Marchar, huir. Pelear, huir. Morir o matar, da igual, si lo que se quiere es olvidar. Pero la noche llega, y los sueños juegan malas pasadas. Un vestido blanco, un anillo... -¿Por qué de nuevo?

La batalla era feroz como nunca antes. No era para menos, la capital estaba en juego y con ella el fin de la guerra. El batallón avanza. Al son de metralla y gritos de guerra. La muerte cabalgaba sobre los ágiles tanques. Los helicópteros son apenas perceptibles, como un bullicio a lo lejos, hipnóticos. Todos luchan convencidos que su país los necesita, menos él. Él avanza, hiere, grita y mata. La excitación ciega su razón, la adrenalina endurece sus piernas y sus ojos inyectados de sangre sólo miran hacia adelante. Y su mente...

Atrás quedaron los hospitales, los bancos y los acreedores. Atrás las medicinas y las terapias experimentales. Atrás los rezos, las pócimas y el más allá. Su esperanza murió con ella. Pero ahora no piensa. Ahora lucha, ahora aprieta el gatillo y siente un calor en su brazo. Ahora salta un obstáculo en el camino (¿amigo, enemigo o sólo un bulto?). Siempre hacia adelante, hacia la capital. Esa ciudad que vería por primera vez, esa ciudad que había que conquistar, esa ciudad con edificios blancos, teñidos ahora por el humo otrora el orgullo de la nación, hoy una mercancía barata de gobernadores y generales de lengua viperina y hermosos ojos azules.

Por fin la bala buscó cobijo en su corazón. Su espalda tocó el suelo. El cielo era azul. El sol calentaba la sangre que se vertía en la tierra. Todo terminaría pronto. El silencio inundaba su alma. ¿Era paz aquello, o sólo el rellano de la nada?

Ella le dio una rosa roja, el sabor de sus labios endulzó su rostro.